

VICTORIA OCAMPO

LA MUJER
Y SU EXPRESION

SUR
BUENOS AIRES
(1936)

Copyright by
Ediciones SUR
Buenos Aires, 1936.



K 1993/105

LA MUJER Y SU EXPRESION (*)

(*) Conferencia radiotelefónica al público de España y de la Argentina.

Lo primero en que pienso al hablaros, lo principal, es que vuestra voz y la nuestra están venciendo a mi gran enemigo el Atlántico. Que ya lo han vencido. Cada palabra oída simultáneamente en las dos orillas nos exorciza de la distancia. Y contra la distancia he vivido en perenne rebeldía. Por más que renazca después de cada palabra pronunciada, por más que inunde todos los pequeños silencios, por más que surja apenas nuestro soplo no puede prolongarse, sabemos ahora que nuestro grito la traspasa. Sabemos que nuestra voz la mata. Y es para mí una felicidad matarla entre nosotros.

He visto siempre en el Atlántico un símbolo de la distancia. Me ha separado siempre de seres y cosas queridas. Si no era Europa, era América lo que echaba de menos.

Cuando a mi regreso de los Estados Unidos atravesé el canal de Panamá y entré por primera vez en el Pacífico, di gracias al cielo de no haber tenido que sufrir este océano, junto al cual el Atlántico es un Mediterráneo. Y sin embargo comprendo que lo que se interpone entre mí y ese sufrimiento no es el inmenso biombo de los Andes, sino el que trato de no pensar en su existencia. Pues el Pacífico me separa también de países por los cuales sentiría nostalgia si me dejara llevar. No se puede gustar verdaderamente un pedazo de la tierra sin sentir que pertenece a la tierra entera. Por eso los océanos, en cuanto símbolos de la distancia y de la separación, son enemigos míos. Interrumpen a la tierra. Quizá algún día hagamos de ellos hermosos caminos rápidos y seguros. Mientras tanto, hay que navegarlos gota a gota.

Pero pasemos directamente a aquello de que quería hablaros: la necesidad de expresión en la mujer. Tratemos, pues, de olvidar un poco esta alegría de vencer la distancia. Tratemos de olvidar que la victoria lograda sobre la distancia está transformando al mundo; idea

que bastaría por sí sola para distraerme de todo lo demás durante la media hora de que dispongo. Convenzámonos de que esta misteriosa victoria momentánea no debe conmovernos ni sorprendernos. Tomemos las cosas extraordinarias con naturalidad, como en los sueños. ¿No he soñado acaso una vez, sin asombro, que vivía en una casa rodeada de un jardín mitad bañado en la luz de la mañana y mitad en la del crepúsculo? Mi voz recorre hoy este jardín de sueños. Mientras que los nuestros están despojados, halla entre vosotros hojas en los árboles, y mientras suena en nuestros cuartos cerrados por el frío, entra en los vuestros con todos los ruidos del verano. Esta idea me encanta, me arrastra tras sí, a pesar mío, como el zumbido de las abejas o el canto de las cigarras en los calores de enero cuando, niña, estaba yo en clase. La persigo, a pesar mío, con tremendo deseo de escaparme de mi tema, de hacerle la rabona —como decimos aquí,— de hacer novillos —como dicen allí.

Pero seamos razonables, ya que no hay manera de no serlo.

El año pasado asistí, por casualidad, a la

conversación telefónica, entre Buenos Aires y Berlín, de un hombre de negocios. Hablaba a su mujer para hacerle unos encargos. Empezó así: "No me interrumpas". Ella obedeció tan bien, y él tomó tan en serio su monólogo, que los tres minutos reglamentarios transcurrieron sin que la pobre mujer tuviera ocasión de emitir un sonido. Y como mi hombre de negocios era tacaño, en eso paró la conversación.

Pues bien, yo que he sido invitada a venir a hablaros y que se me paga por hacerlo, quisiera deciros: "Interrumpidme. Este monólogo no me hace feliz. Es a vosotros a quienes quiero hablar y no a mí misma. Os quiero sentir presentes. ¿Y cómo podría yo saber que estáis presentes, que me escucháis, si no me interrumpís?".

Me temo que este sentimiento sea muy femenino. Si el monólogo no basta a la felicidad de las mujeres, parece haber bastado desde hace siglos a la de los hombres.

Creo que, desde hace siglos, toda conversación entre el hombre y la mujer, apenas entran en cierto terreno, empieza por un: "no

me interrumpas” de parte del hombre. Hasta ahora el monólogo parece haber sido la manera predilecta de expresión adoptada por él. (La conversación entre hombres no es sino una forma dialogada de este monólogo).

Se diría que el hombre no siente, o siente muy débilmente, la necesidad de intercambio que es la conversación con ese otro ser semejante y sin embargo distinto a él: la mujer. Que en el mejor de los casos no tiene ninguna afición a las interrupciones. Y que en el peor las prohíbe. Por lo tanto, el hombre se contenta con hablarse a sí mismo y poco le importa que lo oigan. En cuanto a oír él, es cosa que apenas le preocupa.

Durante siglos, habiéndose dado cuenta cabal de que la razón del más fuerte es siempre la mejor (por más que no debiera serlo), la mujer se ha resignado a repetir, por lo común, migajas del monólogo masculino disimulando a veces entre ellas algo de su cosecha. Pero a pesar de sus cualidades de perro fiel que busca refugio a los pies del amo que la castiga, ha acabado por encontrar cansadora e inútil la faena.

Luchando contra estas cualidades que el hombre ha interpretado a menudo como signos de una naturaleza inferior a la suya, o que ha respetado porque ayudaban a hacer de la mujer una estatua que se coloca en su nicho para que se quede ahí “sage comme une image”; luchando, digo, contra esa inclinación que la lleva a ofrecerse en holocausto, se ha atrevido a decirse con firmeza desconocida hasta ahora: “El monólogo del hombre no me alivia ni de mis sufrimientos, ni de mis pensamientos. ¿Por qué resignarme a repetirlo? Tengo otra cosa que expresar. Otros sentimientos, otros dolores han destrozado mi vida, otras alegrías la han iluminado desde hace siglos”.

La mujer, de acuerdo con sus medios, su talento, su vocación, en muchos dominios, en muchos países —y aun en los que le eran más hostiles— trata hoy, cada vez más, de expresarse y lo logra cada vez mejor. No se puede pensar en la ciencia francesa actual sin pronunciar el nombre de Marie Curie; en la literatura inglesa sin que surja el de Virginia Woolf; en la de América latina sin pensar en Gabriela Mistral. En cuanto a vosotros, para no hablar sino de

ella, os envidiamos a *Madre Maeztu*, mujer admirable que ha hecho por la juventud femenina española, gracias a su auténtico genio educador, lo que yo quisiera verla hacer por la nuestra.

Por cierto, estoy convencida de que la mujer se expresa también, de que se ha expresado ya maravillosamente, fuera del terreno de la ciencia y de las artes. Que esta expresión ha enriquecido, en todos los tiempos, la existencia, y que ha sido tan importante en la historia de la humanidad como la expresión del hombre, aunque de una calidad secreta y sutil menos llamativa, como es menos llamativo el plumaje de la faisana que el del faisán.

La más completa expresión de la mujer, el niño, es una obra que exige, en las que tienen consciencia de ello, infinitamente más precauciones, escrúpulos, atención sostenida, rectificaciones delicadas, respeto inteligente y puro amor que el que exige la creación de un poema inmortal. Pues no se trata sólo de llevar nueve meses y de dar a la luz seres sanos de cuerpo, sino de darlos a luz espiritualmente. Es decir, no sólo de vivir junto a ellos, con

ellos, sino ante ellos. Creo más que todo en la fuerza del ejemplo. No hay otra manera de predicar a los grandes ni a los pequeños. No hay otra manera de convencerles. Si falla, es que no había remedio.

El niño, pues, por su sola presencia, ha exigido de la mujer consciente que se expresara, y que se expresara del modo más difícil: vi- viendo, viviendo ante él.

La importancia capital de la primera infancia es uno de los puntos sobre los cuales la ciencia moderna ha insistido más, últimamente. Casi podría decirse que la acaba de descubrir y es en este momento preciso de su vida que el niño está en manos de la mujer exclusivamente. La mujer es, pues, quien deja su marca indeleble y decisiva sobre esta cera blanda; es quien, consciente o inconscientemente, la modela, y la resistencia del hombre a reconocer que la mujer es un ser tan perfectamente responsable como lo es él mismo, resulta absurda y graciosa cuando se advierte la tamaña contradicción que encierra: la de haber dejado, desde hace siglos (por ignorancia sin duda), pesar sobre un ser irresponsable la mayor res-

ponsabilidad de todas: la de moldear a la humanidad entera en el momento en que es moldeable y la de dejar su sello impreso en ella.

Lo que diferencia principalmente los grandes artistas de los grandes santos (aparte de otras diferencias) es que los artistas se esfuerzan en poner la perfección en una obra que les es exterior, por consiguiente fuera de sus vidas, mientras que los santos se esfuerzan en ponerla en una obra que les es interior y que no puede, por tanto, apartarse de sus vidas. El artista trata de crear la perfección fuera de sí mismo, el santo en sí mismo.

Por eso el artista sensible a la santidad, me atrevería a decir, corre siempre el riesgo de perder sus facultades de artista. A medida que el afán de poner perfección en su vida aumenta, la voluntad de hacerla radicar en una obra disminuye.

Quizá el niño haya hecho a menudo de la mujer un artista tentado por la santidad. Porque para esforzarse en poner perfección en esa obra que es la suya, el niño, necesita empezar por esforzarse en poner perfección en sí misma y no fuera de sí misma. Necesita tomar el ca-

mino de los santos y no el de los artistas. El niño no tolera que traten de poner en él las perfecciones que no ve en nosotros.

En este momento de la historia que nos es dado vivir, asistimos a un debilitamiento del poder de los artistas. Se diría que en el período actual el mundo tiene más necesidad de héroes o de santos que de estetas. Por todas partes se acentúa esa tentación de la santidad, fatal, parecería, a la perfección del objeto.

Y por eso el hombre, hoy, está acercándose a la mujer. Empieza a sentir que, en la época en que estamos, ya no le será posible crear, no la perfección (que queda fuera del alcance humano), sino en el sentido de esa perfección, a menos de encaminarse él mismo hacia ella. Empieza a sentir que toda forma de arte que no tiene las exigencias del niño está hoy en desuso.

La obra podrá, como el niño, parecerse más o menos a nuestros deseos, ir más lejos o menos lejos que nosotros, pero hará falta que sea en el mismo sentido.

Dios me libre de hablar mal del artista, cualesquiera sean sus defectos, sus vicios pasados,

presentes y futuros. Cualesquiera sean sus debilidades, nos ha sido, no es, nos será tan necesario como el héroe o el santo. También la suya es una manera de heroísmo y de santidad. Aun cuando la belleza de su obra, como ocurre a menudo, sea una belleza de orden compensador (es decir, condenada a realizarse fuera de él por no poder realizarse en él), es profundamente necesaria a la humanidad. Cualesquiera hayan sido sus miserias personales, lo que debemos a los grandes artistas es parte de lo mejor de nuestro patrimonio. Borremos los aportes de Dante, Cervantes, Shakespeare, Bach, Leonardo da Vinci, Goya, Debussy, Poe, Proust —para no citar más que los primeros nombres que se me ocurren— ¡y qué empobrecidos nos sentiríamos! Que algunos de ellos hayan sido personalmente pobres hombres a quienes se les pudiera reprochar tal o cual defecto, ¡qué importa! Nos han legado lo que tenían de extraordinario. Tal vez no hayan conocido otra alegría que la de sufrir por su obra. Su obra era para ellos la única manera de entrar en un orden.

Y esta manera de realización es la que injus-

mino de los santos y no el de los artistas. El niño no tolera que traten de poner en él las perfecciones que no ve en nosotros.

En este momento de la historia que nos es dado vivir, asistimos a un debilitamiento del poder de los artistas. Se diría que en el período actual el mundo tiene más necesidad de héroes o de santos que de estetas. Por todas partes se acentúa esa tentación de la santidad, fatal, parecería, a la perfección del objeto.

Y por eso el hombre, hoy, está acercándose a la mujer. Empieza a sentir que, en la época en que estamos, ya no le será posible crear, no la perfección (que queda fuera del alcance humano), sino en el sentido de esa perfección, a menos de encaminarse él mismo hacia ella. Empieza a sentir que toda forma de arte que no tiene las exigencias del niño está hoy en desuso.

La obra podrá, como el niño, parecerse más o menos a nuestros deseos, ir más lejos o menos lejos que nosotros, pero hará falta que sea en el mismo sentido.

Dios me libre de hablar mal del artista, cualesquiera sean sus defectos, sus vicios pasados,

presentes y futuros. Cualesquiera sean sus debilidades, nos ha sido, no es, nos será tan necesario como el héroe o el santo. También la suya es una manera de heroísmo y de santidad. Aun cuando la belleza de su obra, como ocurre a menudo, sea una belleza de orden compensador (es decir, condenada a realizarse fuera de él por no poder realizarse en él), es profundamente necesaria a la humanidad. Cualesquiera hayan sido sus miserias personales, lo que debemos a los grandes artistas es parte de lo mejor de nuestro patrimonio. Borremos los aportes de Dante, Cervantes, Shakespeare, Bach, Leonardo da Vinci, Goya, Debussy, Poe, Proust —para no citar más que los primeros nombres que se me ocurren— ¡y qué empobrecidos nos sentiríamos! Que algunos de ellos hayan sido personalmente pobres hombres a quienes se les pudiera reprochar tal o cual defecto, ¡qué importa! Nos han legado lo que tenían de extraordinario. Tal vez no hayan conocido otra alegría que la de sufrir por su obra. Su obra era para ellos la única manera de entrar en un orden.

Y esta manera de realización es la que injus-

sidad de expresión deriva siempre de ese conocimiento. Pues bien: el conocimiento que más importa a cada ser es el que atañe al problema de su autorealización.

Que esta mujer se realice cuidando enfermos, aquella enseñando el alfabeto, aquella otra trabajando en un laboratorio o escribiendo una novela de primer orden, poco importa: hay diversos modos de autorealización, y los más modestos como los más eminentes tienen su sentido y su valor.

Personalmente, lo que más me interesa es la expresión escrita, y creo que las mujeres tienen ahí un dominio por conquistar y una cosecha en ciernes.

Es fácil comprobar que hasta ahora la mujer ha hablado muy poco de sí misma, directamente. Los hombres han hablado enormemente de ella, por necesidad de compensación sin duda, pero, desde luego y fatalmente, a través de sí mismos. A través de la gratitud o la decepción, a través del entusiasmo o la amargura que este ángel o este demonio dejaba en su corazón, en su carne y en su espíritu. Se les puede elogiar por muchas cosas, pero nunca por

una profunda imparcialidad acerca de este tema. Hasta ahora, pues, hemos escuchado principalmente testigos de la mujer, y testigos que la ley no aceptaría, pues los calificaría de sospechosos. Testigos cuyas declaraciones son tendenciosas. La mujer misma, apenas ha pronunciado algunas palabras. Y es a la mujer a quien le toca no sólo descubrir este continente inexplorado que ella representa, sino hablar del hombre, a su vez, en calidad de testigo sospechoso.

Si lo consigue, la literatura mundial se enriquecerá incalculablemente, y no me cabe duda de que lo conseguirá.

Sé, por experiencia propia, que mal preparada está actualmente la mujer en general y la sudamericana en particular para alcanzar esta victoria. No tiene ni la instrucción, ni la libertad, ni la tradición necesarias. Y me pregunto cuál es el genio que puede prescindir de estas tres cosas a la vez y hacer obra que valga. El milagro de una obra de arte sólo se produce cuando ha sido obscuramente preparado desde mucho tiempo atrás.

Creo que nuestra generación, y la que le si-

gue, y aun la que está por nacer, están destinadas a no realizar este milagro, sino a prepararlo y a volverlo inminente.

Creo que nuestro trabajo será doloroso y que se le desconocerá. Creo que debemos resignarnos a ello con humildad, pero con fe profunda en su grandeza y en su fecundidad. Nuestras pequeñas vidas individuales contarán poco, pero todas nuestras vidas reunidas pesarán de tal modo en la historia que harán variar su curso. En eso debemos pensar continuamente para no desanimarnos por los fracasos personales y para no perder de vista la importancia de nuestra misión. Nuestros sacrificios están pagando lo que ha de florecer dentro de muchos años, quizá siglos. Pues cuando hayamos adquirido definitivamente la instrucción, la libertad y un poco de tradición (aludo a la tradición literaria que casi no existe entre las mujeres; la tradición literaria del hombre no es la que puede orientarnos, y hasta a veces contribuye a ciertas deformaciones), ni aun entonces lo habremos conseguido todo. Será menester que maduremos entre estas cosas. Debe-

remos familiarizarnos con ellas y dejar de considerarlas con ojos de "parvenue".

Así, pues, lo que nuestro trabajo compra es el porvenir de las mujeres. No nos aprovechará personalmente. Pero esto no tiene por qué entristecernos. ¿Acaso puede agriar a una madre la promesa de que su hija será más hermosa que ella? Si el caso se da, es porque se puede a veces tener hijos sin sentirse madre. Excepción que confirma la regla.

Es este sentimiento de maternidad hacia la humanidad femenina futura el que debe sostenernos hoy. Tenemos que apoyarnos en la convicción de que la calidad de esa humanidad futura depende de la nuestra, que somos responsables de ella. Lo que cada una de nosotras realiza en su pequeña vida tiene inmensa importancia, inmensa fuerza cuando las vidas se suman. No hay que olvidarlo. Ninguno de nuestros actos es insignificante y nuestras actitudes mismas agregan o quitan a esta suma total que formamos y que hará inclinar la balanza.

Acabo de decir que la mujer sudamericana se encuentra en condiciones de inferioridad con

respecto a la mujer que habita ciertos grandes países. Añadiré que es un poco por culpa suya. Se ha resignado hasta ahora con demasiada facilidad. Quizá esta ingenua haya temido desagradar al hombre, sin advertir que le agrada- ría siempre, a pesar de todo, y que se vería en serios apuros si tuviera él que prescindir de ella. Hasta me parece probable que la mujer le agradará más cuando el hombre se habitúe a ver en ella un ser humano pensante capaz de hacerle frente y de interrumpirle si hace falta, y no un objeto más o menos querido, más o me- nos indispensable a su agrado y a su comodidad. Más o menos "recreo del guerrero".

Si no ocurre así, es que hay que volver a em- pezar la educación del hombre y que la que le envanecía hasta hoy, no vale nada, ni cuenta ya.

No sé si lo que digo sobre mi América es todavía aplicable a España. En todo caso, de- bió serlo ayer, como que nuestras cualidades y nuestros defectos, nos vienen principalmente de ella.

La característica de nuestro mundo actual es que las cosas repercutan de un país a otro, de

un continente a otro, de manera fulminante, quiérase o no.

Vuestro compatriota Madariaga hablaba hace poco del irresistible crecimiento de la solidaridad internacional. Llama solidaridad subjetiva a la que se desarrolla en la esfera de las ideas y de los sentimientos, y objetiva a la que nace de los hechos y de los intereses creados, y atribuye la crisis mundial al retraso de la primera con respecto a la segunda.

Esta condena a una solidaridad objetiva y, debemos desearlo, subjetiva, se desenmascara y aparece abiertamente en el planeta desde el momento en que se vence la distancia, esa distancia de que os hablaba al comienzo y que mi voz mata con alegría.

Por lo tanto, tal como los sucesos se presentan hoy, la suerte que corre la mujer en China o en Alemania, en Rusia o en los Estados Unidos, en fin, no importa en qué rincón del mundo, es cosa extremadamente grave para todas nosotras, pues sufriremos su repercusión. Así, pues, la suerte de la mujer sudamericana concierne vitalmente a la mujer española y a la de todos los otros países.

respecto a la mujer que habita ciertos grandes países. Añadiré que es un poco por culpa suya. Se ha resignado hasta ahora con demasiada facilidad. Quizá esta ingenua haya temido desagradar al hombre, sin advertir que le agrada-
ría siempre, a pesar de todo, y que se vería en serios apuros si tuviera él que prescindir de ella. Hasta me parece probable que la mujer le agrada-
rá más cuando el hombre se habitúe a ver en ella un ser humano pensante capaz de hacerle frente y de interrumpirle si hace falta, y no un objeto más o menos querido, más o menos indispensable a su agrado y a su comodidad. Más o menos "recreo del guerrero".

Si no ocurre así, es que hay que volver a em-
pezar la educación del hombre y que la que le envanecía hasta hoy, no vale nada, ni cuenta ya.

No sé si lo que digo sobre mi América es todavía aplicable a España. En todo caso, debió serlo ayer, como que nuestras cualidades y nuestros defectos, nos vienen principalmente de ella.

La característica de nuestro mundo actual es que las cosas repercutan de un país a otro, de

un continente a otro, de manera fulminante, quiérase o no.

Vuestro compatriota Madariaga hablaba hace poco del irresistible crecimiento de la solidaridad internacional. Llama solidaridad subjetiva a la que se desarrolla en la esfera de las ideas y de los sentimientos, y objetiva a la que nace de los hechos y de los intereses creados, y atribuye la crisis mundial al retraso de la primera con respecto a la segunda.

Esta condena a una solidaridad objetiva y, debemos desearlo, subjetiva, se desenmascara y aparece abiertamente en el planeta desde el momento en que se vence la distancia, esa distancia de que os hablaba al comienzo y que mi voz mata con alegría.

Por lo tanto, tal como los sucesos se presentan hoy, la suerte que corre la mujer en China o en Alemania, en Rusia o en los Estados Unidos, en fin, no importa en qué rincón del mundo, es cosa extremadamente grave para todas nosotras, pues sufriremos su repercusión. Así, pues, la suerte de la mujer sudamericana concierne vitalmente a la mujer española y a la de todos los otros países.

Yo quisiera que hubiese entre las mujeres de toda la tierra una solidaridad no sólo objetiva sino subjetiva. Tal aspiración puede parecer desmesurada, absurda, pero no puedo resignarme a menos.

Quisiera que la suma de nuestros esfuerzos, de nuestras vidas, el noventa y nueve por ciento de las cuales permanecerán oscuras y anónimas, hagan inclinar la balanza del lado bueno. Del lado que hará de la mujer un ser enriquecido, al que le sea posible la expresión total de su personalidad (no sólo su expresión fisiológica); del lado que hará del hombre un ser completado a quien ya no le baste el monólogo y que, de interrupción en interrupción aceptada, llegue naturalmente al diálogo.

Agosto de 1935.

LA MUJER, SUS DERECHOS
Y SUS RESPONSABILIDADES

“Je n'ai pas besoin d'ordre et me
[rend de plein gré
Où non point tant la loi que mon
[amour me mène...”.

ANDRÉ GIDE: “*Perséphone*”.

LA revolución que significa la emancipación de la mujer es un acontecimiento destinado a tener más repercusión en el porvenir que la guerra mundial o el advenimiento del maquinismo. Que millones de hombres y de mujeres no sepan todavía que se ha producido, o atribuyan este fenómeno a una moda pasajera, o se imaginen que sólo puede aportar a la humanidad un aumento nefasto de licencia, o sonrían con superioridad ante el enunciado de algo tan inadmisibile, todo esto en nada cambia el hecho consumado. Esta revolución ha tenido

lugar, puesto que se ha cumplido ya en ciertas conciencias.

Lo único que me pregunto es si la palabra "emancipación" es exacta. ¿No convendría más decir "liberación"? Me parece que este término, aplicado a siervos y esclavos, se ciñe mejor a lo que quiero decir. No olvidemos que los intolerables métodos coercitivos que nacen tan naturalmente en los hombres y que las mujeres soportan con una naturalidad más extraordinaria aun están todavía en vigor entre la gran mayoría. La historia de la esposa que se indigna porque un espectador apiadado quiere impedir a su marido golpearla se perpetúa y se reproduce en mil formas. El pensador inglés que afirma que el sexo masculino es sádico por constitución y el femenino masoquista, ha dado, a mi entender, con la explicación de ciertos enigmas.

En otros términos, es verdad que las mujeres se complacen secretamente en permitir a los hombres que las maltraten, como es verdad que, por su lado, los hombres sienten íntima satisfacción en permitirse maltratar a las mujeres. Claro que estos malos tratos no son gene-

ralmente físicos sino morales y toman a veces formas refinadísimas.

No se puede pretender que los hombres renuncien de buenas a primeras a esta voluptuosidad cotidiana en que se han hundido durante siglos... Las mujeres deberán, ellas, tomar la iniciativa y "privarse" de este delicioso estupefaciente al que su naturaleza está no menos acostumbrada.

Es increíble, y hablo ahora sin ironía, que millones de seres humanos no hayan comprendido aún que las actuales reivindicaciones de la mujer se limitan simplemente a exigir del hombre que deje de considerarla como una colonia por él explotada, y que llegue a serle "el país en que vive".



En un libro recientemente publicado por tres hombres de ciencia ingleses, Julian Huxley (el hermano de Aldous), A. C. Haddon y A. M. Carr-Saunders, y que trata de los problemas raciales en Europa, he encontrado, a propósito de la herencia, páginas que me parecen de

extrema importancia desde el punto de vista de los problemas actuales de la mujer.

En el capítulo a que aludo se trata de la estatura de los ingleses. Los autores de *We Europeans*, el libro en cuestión, no se guían sino por los hechos, por las estadísticas, y son émulos de Santo Tomás (“ver para creer”). Su religión es la del escrúpulo y de la precisión científica. Pues bien, estos señores nos aseguran:

1. Que el promedio de estatura de los ingleses ha aumentado durante la segunda mitad del siglo pasado (así como el de otras naciones).

2. Que el promedio de estatura de las diversas clases sociales en Inglaterra (y en otras naciones) varía, siendo mayor en las clases altas.

Estos señores creen, en cuanto a la primera cuestión, que el promedio de la estatura ha aumentado entre ellos gracias a la mejor alimentación y a las mejores condiciones de vida y no a consecuencia de un cambio en su constitución. Con otras palabras, que racialmente el inglés no ha sufrido alteraciones apreciables,

y que si se le volviera a colocar en sus antiguas condiciones de vida, volvería a ser lo que había sido.

La segunda cuestión es más difícil de resolver. Es claro, dicen estos señores, que gran parte de la diferencia de estatura existente entre las clases sociales se debe a que los niños de las clases privilegiadas gozan de muchas más ventajas. Pero también puede ser que haya un promedio de diferencia genética entre las distintas clases y que pudiera haber un linaje de estatura genéticamente más elevada en las clases altas, descendientes de los invasores normandos, y un linaje de estatura genéticamente menos elevada en las clases bajas, descendientes del tipo mediterráneo que habitaba la Gran Bretaña antes de la invasión normanda. O bien la selección pudo haber favorecido el tipo de alta estatura en las clases superiores (por la selección de las mujeres altas) y el tipo de baja estatura en el proletariado (este tipo puede adaptarse quizá mejor a la vida en las ciudades y a las condiciones de las fábricas). Es probable que ambas causas, la genética y la de ambiente, hayan actuado a la vez.

A esta altura de sus deducciones lógicas, estos señores son llevados a considerar la cuestión desde un nuevo ángulo, que es el que nos interesa en cuanto mujeres, porque nos toca directamente y pone a nuestra disposición argumentos difícilmente refutables.

Lo que se aplica a la estatura puede igualmente aplicarse — y con cuánta mayor fuerza, aseguran estos señores — a los caracteres psicológicos, a la inteligencia, a las aptitudes especiales, a los temperamentos.

En primer lugar, estos caracteres sufren mucho más el influjo de los cambios de ambiente que los caracteres físicos.

En segundo lugar, el ambiente social posee una escala de diferencias mayor que el ambiente físico.

Por ejemplo, una extraordinaria habilidad matemática innata se encontraría en la impotencia de expresarse en la sociedad paleolítica o entre los salvajes contemporáneos. Los más perfectos dones artísticos tendrían poca aplicación en una isla desierta. El temperamento que da a su dueño la capacidad de ponerse fácilmente en estado de trance o de tener visiones le expondría,

en Gran Bretaña, país industrial, a que se le encerrara en un asilo de alienados o se le clasificara entre los casos patológicos; en cambio, en distintos países americanos, en ciertas tribus asiáticas, favorecería su marcha hacia el poder y le daría gran prestigio como mago, "medecin man" o "shaman". Un temperamento guerrero, que habría encontrado medios de expresarse en forma adecuada a comienzos de la historia judía, hubiera resultado estéril en la época del cautiverio.

En suma, las mismas capacidades de invención, de iniciativa, que llegan a afirmarse poderosamente en circunstancias francamente favorables, pueden reducirse a la nada en circunstancias francamente desfavorables.

En general, la expresión de tendencias temperamentales parece estar determinada casi siempre desde los primeros años de vida, a lo cual se debe que los cambios que afectan a la atmósfera del hogar y las teorías y prácticas educativas tengan repercusión profunda en los niños.

Así también —y sigo transcribiendo las opiniones de estos señores— la afirmación peren-

toria, repetida hasta la saciedad, que establece la diferencia de aptitudes y caracteres del hombre y de la mujer se refiere las más veces a diferencias creadas por la diferente educación que se da a los varones y a las mujeres y por la diferencia de situación económica y social de los dos sexos. Ejemplo divertido de lo que afirmamos esta indignada exclamación de un griego del siglo III, Ateneo: “¡Quién ha oído hablar nunca de una mujer cocinero!”

Es evidente, prosiguen, que los individuos dotados de una excepcional combinación de “genes” vencerán probablemente los obstáculos que se les opongan. Pero es también evidente que la cantidad de talento innato que una persona posee depende para su realización, su expresión, de las facilidades que encuentre para su desenvolvimiento, y éstas, a su vez, dependen de los factores relativos al ambiente, tales como los recursos económicos, el clima social, los sistemas de educación existentes.

Una razón evidente que explica por qué los niños de las clases altas obtienen, en proporción, mejores resultados en sus estudios que los de las clases pobres, es que han tenido más

oportunidades de recibir una educación mejor, hayan sido o no mejor dotados por herencia.

Dejemos ahora a estos señores.

Por mi parte, estimo que todo lo que acabamos de decir a propósito de los niños puede decirse exactamente de las mujeres.

Ellas han tenido, tienen todavía, en su contra, frente a los hombres, el mismo "handicap" que los niños del proletariado frente a los niños de las clases privilegiadas. Y lo tienen desde hace siglos. Nada justifica hoy ese estado de cosas, admitiendo que alguna vez haya tenido razones de existir. Ni en un caso ni en el otro.

Lo que los hombres, fuera de una minoría que bendigo, no parecen comprender es que no nos interesa en absoluto ocupar su puesto (error que la extrema reacción a que nos han obligado ha podido contribuir a crear), sino ocupar por entero el nuestro, cosa que hasta ahora no ha ocurrido.

Esta revolución que se está cumpliendo hoy en el mundo —la de las mujeres, la más importante— no es de ningún modo un "ôte-toi que je m'y mette" como la mayoría de las revoluciones. No se hace, absolutamente, para

que la mujer invada el terreno del hombre, sino para que el hombre deje por fin de invadir el terreno de la mujer, lo que es muy distinto. Lo mismo que la otra revolución (la que ha nacido en Rusia y que ha creado también errores, actitudes brutales, malentendidos terribles, por la extrema reacción que forzosamente la hizo estallar), no debiera hacerse — por lo menos así lo entiendo yo — para que el proletariado abuse de las clases privilegiadas como las clases privilegiadas han abusado de él (lo que crearía un círculo vicioso), sino para que todo niño, habiendo recibido la misma riqueza de cuidados en lo que atañe a su salud física, a su salud moral y a su educación, pueda alcanzar a desarrollar lo mejor posible sus dotes innatas (y sólo en éstas radicará en adelante la desigualdad del reparto), y, llegado a hombre, pueda colocarse en el escalón que corresponda a su verdadera vocación y a su auténtico valer.

Creo que el gran papel de la mujer en la historia —desempeñado hasta ahora de modo más bien subterráneo— comienza hoy a aflorar a la superficie. Pues es ella, hoy, quien pue-

de contribuir poderosamente a crear un nuevo estado de cosas, ya que está, con todo su ser físico y espiritual, inclinada sobre las fuentes mismas de la vida, inclinada sobre el niño. Vive, por consiguiente, más cerca del hombre futuro, puesto que el niño, sobre el cual se ejerce su poder, consciente o inconscientemente, es ese hombre.

Por eso estimo que si el mundo actual, vuelto al caos, debe recobrar un orden, un equilibrio perdido, es la mujer, hoy, la que se encuentra —admítase o no, tómese o no a broma, ignórenlo o no las masas— en la primera línea de trincheras. Sin su colaboración, sin el despertar de su conciencia a la parte de trabajo, de responsabilidad, de lucha que le incumbe, no veo posibilidad de salvación. La mayoría de los hombres hechos no se transforma, sólo se disfraza. Llegados a cierta edad, los hombres son tan intransformables como lo es, físicamente, un niño salido del vientre de su madre. Se podrá teñirle el pelo, pero no cambiar el color de sus ojos.

Creo, pues, que todo lo que lleve a despertar la conciencia de la mujer para darle no-

ción exacta de sus responsabilidades, para elevar su nivel espiritual, para que su educación se haga en las condiciones más perfectas posibles, análogas a las del hombre; para que se le acuerden todos los medios que ayuden al desarrollo de todas sus facultades, sean las que fueren, eso es lo que nos interesa esencialmente. Lo demás vendrá por añadidura.

Por esta razón creo también que en el programa de toda persona deseosa de luchar por esta causa debe ir, en primer término, lo que se refiere a la elevación del nivel espiritual y cultural de la mujer y que al trabajar por esto se trabaja por la paz entre las naciones y dentro de las naciones.

La guerra es una abominación que despierta la rebeldía de la mujer mucho más que la del hombre, porque es la mujer quien con su propio cuerpo construye el del hombre. Y cuando el hombre mutila, reduce a jirones informes ese cuerpo que con todo su instinto de mujer ella siente necesidad de amparar, de conservar, el hombre mata también a la mujer, y de la manera más cruel: obligándola a sobrevivir a esa muerte.

La mujer es capaz de heroísmo y es capaz de comprender el heroísmo del hombre. Sabe muy bien que a veces, para vivir plena y dignamente la vida, es menester sacrificarla. Pero la guerra, la guerra actual, se ha vuelto tan monstruosa, tan tonta, amenaza en tal forma al género humano entero, que ya no puede verse heroísmo en ella, sino la locura más peligrosa, más contagiosa que haya jamás padecido el planeta.

¿Qué hacer para contrarrestarla?

Mientras la conciencia del hombre no se transforme —y en esta transformación uno de los factores principales ha de ser la mujer, madre no sólo por la carne y en la carne, sino madre por el espíritu y en el espíritu,— todas las grandes declaraciones pacifistas, los planes de acción abstractos, las Sociedades de las Naciones, en una palabra, fracasarán. La paz entre las naciones no podrá llegar a una realidad material mientras no adquiera en los individuos una realidad espiritual suficientemente pura para crearla. La actual Sociedad de las Naciones no ha tenido fuerza suficiente porque no tenía suficiente pureza. Dominada por nacio-

nes que fingen olvidar que su prestigio actual se debe a violencias pasadas, mal puede, por consiguiente, ejercer poder moral alguno sobre naciones que, por sus actuales violencias, se esfuerzan en conseguir un prestigio futuro.

Tratemos de poner en claro estos errores. Como lo acaba de decir magníficamente Aldous Huxley en un folleto sobre la "Paz Constructiva", se necesitan hombres y mujeres que piensen, sientan y quieran, es decir, con cabeza, corazón y voluntad, y todos tienen que agruparse con un espíritu de sacrificio y un fervor absoluto en torno de esta causa. Porque esto de la paz, o se ha de tomar como una nueva religión (nuevo parece lo que dijo Cristo, de tan olvidado que se tiene en la práctica) o más vale ni mencionarlo, de inútil que resulta.

Para que la conciencia del hombre-niño se transforme o se aclare a través de la conciencia de la mujer, es preciso que la mujer misma se ponga a la altura de esa tarea, de esa tarea que es la suya.

No se puede crear nada fuera de nosotros sin antes haberlo creado en nosotros.

Que el hombre acabará por llegar a ser lo que debe, frente a la mujer, no lo dudo. Pero lo que es más urgente aun es que la mujer llegue a ser frente a sí misma lo que debiera ser. Lo uno será consecuencia de lo otro.

De esta nueva actitud nacerá una unión, entre el hombre y la mujer, mucho más verdadera, mucho más fuerte, mucho más digna de respeto. La unión magnífica de dos seres iguales, que se enriquecen mutuamente, puesto que poseen riquezas distintas. La unión que sólo puede existir entre los que aceptan, con conocimiento de causa, su interdependencia.

Para que el hombre y la mujer puedan cooperar el uno con el otro es menester que desaparezcan, de parte del hombre, su moral coercitiva y patriarcal (en el mismo sentido en que se emplea la palabra matriarcal, es decir, imposición y predominio absoluto de un sexo sobre el otro); de parte de la mujer el punto de vista falseado que ha podido crear en ella el antagonismo de sexo, la rebelión contra el opresor.

La emancipación de la mujer, como la entendemos nosotros, no está hecha para alejarla del hombre, sino, muy al contrario, para

acercarla a él, para unirla a él de manera más completa, más pura y más consciente. En la lucha por la vida, tan áspera en nuestros días y que hace alzarse a los individuos unos contra otros en la desconfianza, la competencia, la defensa encarnizada de intereses o doctrinas contradictorios, las pequeñas o grandes estrategias, el hombre y la mujer tienen un solo medio natural para escapar de su intolerable aislamiento: el amor mutuo. Sería necesario que en ese refugio al menos se rindieran las armas.

Bien sé que no es fácil ni sencillo. La unión del hombre y la mujer es una proeza humana con algo de milagro y de "tour de force" y que aun en las mejores condiciones no se cumple sino gracias a la tenacidad, a la paciencia, casi diría al heroísmo combinado de dos seres, así como la obra de arte nace de la tenacidad, de la paciencia, del heroísmo de un solo ser habitado por un gran amor.

Pero para alcanzar las condiciones en que esta unión más perfecta puede cumplirse, es decir, para encontrarnos a nosotras mismas y ocupar el lugar que nos pertenece, no debemos esperar la ayuda de los hombres. No puede ocu-

rrírseles la idea de reivindicar para nosotras los derechos de que no se sienten privados. Nunca son los opresores quienes se rebelan contra los oprimidos. Ante la rebelión de los oprimidos, la actitud de los opresores es siempre la misma: una pequeña minoría se rinde a la evidencia, comprende, acepta y está pronta a hacer justicia; una gran mayoría se siente desposeída, ultrajada, y lanza aullidos de indignación y de cólera.

En estos casos, sólo las minorías cuentan. En estos casos y, a mi juicio, en todos los casos. Las minorías serán siempre, quiérase o no, la cabeza del mundo.

No sólo no podemos lógicamente esperar por el momento la ayuda de los hombres, o, mejor, su iniciativa en esas cuestiones, sino que debemos estar preparadas para encontrar resistencia o indiferencia (lo que descorazona aun más) de parte de gran número de mujeres. Invocarán mil razones las unas para combatir nuestros propósitos, mil pretextos las otras para conservar neutralidad.

Hasta se podrá dar el caso, y creo que será muy común, de que estén con nosotros abste-

niéndose de tomar, sin embargo, una actitud definida y activa.

Muchas mujeres dirán, apoyadas por muchos hombres, que bastante tienen con dar el pecho a sus hijos y prepararles la sopa y cambiarles los pañales. Pero sabemos de sobra que las trabajadoras (excepto, claro está, las que han hecho del cuidado del niño una profesión) ven limitado el tiempo que pueden consagrar a esos quehaceres, mientras que las ociosas, dedicadas en general a otras ocupaciones, lo limitan voluntariamente.

Una amiga de Madame Curie me contó que fué en la época en que hacía ella misma hervir la leche de los biberones de sus bebés cuando empezó también a trabajar de firme con su marido y se hizo la mujer admirable que el mundo acaba de perder. ¿Es de desear que el tipo de mujer de que ella fué representante ejemplar no sea estimulado, cultivado?

La emancipación de la mujer, como yo la concibo, ataca las raíces mismas de los males que afligen a la humanidad femenina y, de rebote, a la humanidad masculina. Pues la una es inseparable de la otra. Y por una justicia

inmanente, las miserias sufridas por una repercuten instantáneamente en la otra bajo aspectos distintos.

Que un grupo de mujeres, por pequeño que sea, tome aquí conciencia de sus deberes, que son derechos, y de sus derechos, que son responsabilidades: tal es mi voto restringido y ardiente.

Si las mujeres de este grupo pueden responder de sí mismas, podrán responder dentro de poco de innumerables mujeres.

Junio de 1936.



I N D I C E

| | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| La mujer y su expresión | 7 |
| El esbozo de una vida | 29 |
| La mujer, sus derechos y sus responsabilidades | 47 |